

Sentires y nostalgias

Un comentario al libro Ginzburg, Natalia (1974) Querido Miguel. Buenos Aires: Ediciones Librerías Fausto.
María Andrea Bustamante¹

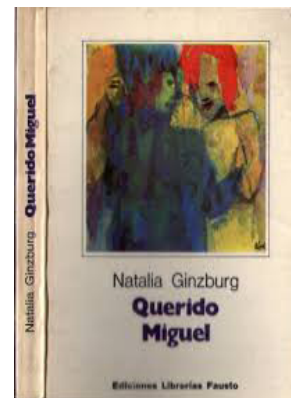
“Me pregunto si de ello depende el problema que me va a ocupar sobre todo en las páginas siguientes, el que las cartas sean o no sean literatura.

¿Por qué las encontramos, tantas veces, aunque estén bien escritas, a orillas de la literariedad? Por otra parte, aunque la interrogación no tiene nada de impertinente, no se me oculta que la cuestión se plantea o puede plantearse respecto a otros géneros, o a la literatura misma, cuyas propiedades y cualidades no se reducen al manejo del lenguaje, o no se perciben solamente a través de él, es decir, mediante el análisis de unos procedimientos verbales.

-Todos conocemos a grandes, digo, a famosos escritores de hoy que han escrito admirablemente ciertas novelas de muy mediocre calidad-”

(Guillén, 1991; 34)(2)

Hacía mucho tiempo que no llegaba a mis manos un libro con aspecto antiguo, frágil, amarillento. Esto hizo que tuviera especial cuidado al leerlo. También, hacía tiempo que no leía literatura italiana. Aparecieron recuerdos nostálgicos de mi formación. El título del libro original publicado en Italia por Natalia Ginzburg es *Caro Michele* y es publicado en Argentina en 1974 por la editorial Ediciones Librería Fausto, con su traducción Querido Miguel. Esas dos palabras, aparentemente vacías, cobran sentido en una lectura que fluye invitando a la nostalgia y desesperación al mismo tiempo. En el marco de la sociedad italiana azotada por la anarquía y la violencia de los años setenta, Ginzburg construye la

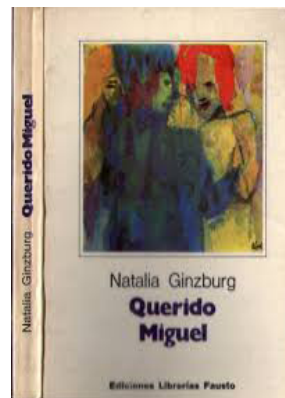


trama de su novela a partir de una sucesión de cartas intercambiadas por los personajes. Las palabras que se cruzan habitan la quietud, el miedo, el engaño, las versiones, las sospechas y hasta las cicatrices de seres que se mantienen en el umbral de la vida.

El género epistolar le permite abarcar diversos temas del ambiente familiar de la época expuestos de manera diversa y cercanos al lector quien construye, uniendo el rompecabezas de fechas, destinatarios, saludo y despedida la cartografía del relato. A partir de estas misivas, conversaciones a distancia, puede recrear las culpas o la ausencia de autocrítica de una sociedad patriarcal que no se hace cargo de la educación de sus hijos, que los deja en abandono sin redes de contención sino sólo unidos por acciones, rituales o costumbres compartidas. Podemos decir que la carta es un género discursivo nostálgico, nos remite a la infancia, adolescencia tal vez, a una modalidad de comunicación que muchos guardamos en nuestros recuerdos. Para Guillén (1991) *la carta es intimidad, confianza, es autobiografía*, y por esto navega entre lo literario y lo no literario. Siempre, o casi siempre en la clandestinidad.

En cada página habita el sentir de los silencios que no pueden o no quieren salir a la luz. El lector asiste, sin proponérselo, al abandono, a los desbordes, a la piedad del engaño, a los silencios, a las búsquedas contradictorias, a los oscuros pensamientos y a las sombras que capturan los recuerdos.

El título Querido Miguel se llena de sentido al acompañar a un ser que deambula sin futuro ni destino, en un constante levantarse y tantas veces caer, atrapado en su sentimiento generoso y altruista pero imposibilitado de reconocerse para asumir el amor por una crianza que puso rejas en vez de dejarlo volar. Los personajes viven como pueden, se adaptan a las circunstancias, les cuesta aferrarse a algo y cobijan a Miguel quien lucha por ideales, pero fracasa en los intentos. El cuidado, la sobreprotección, la naturalización



de ser elegido como hijo varón le marcaron un camino sin salida.

La autora elige desnudar la desesperación de la protagonista por sostener un mundo íntimo que se desmorona. Elige las cartas para contar una historia, como una fotografía familiar, en la que entreteje otras vidas aparentemente intactas. El aroma a libro antiguo, las hojas amarillas, las palabras desesperadas, los silencios, hicieron de mi lectura en estas tardes de un invierno que se despide, un disfrute de sentires íntimos y melancolía de un tiempo que ya pasó. Alguna vez leí que lo que hace que un escrito sea literario, no es una cuestión de evaluación estética. Lo sustancial es, en definitiva, que el texto se constituya radicalmente en ficción (Genette, 1991). A veces, la literatura tiene ese no sé qué.

Notas:

(1) Profesora en Lengua y Literatura. Docente del Departamento de ciencias de la Educación de la Facultad de Humanidades/ UNMDP. Docente en Institutos de Formación Docente. Es miembro del grupo de extensión Pedagogía con el proyecto “Cuir en educadorxs: educación viva, performatividad y materialidades didácticas”. Colabora con el proyecto de investigación “Los procesos de construcción y producción de conocimiento en las carreras de posgrado. El caso de la maestría en práctica docente de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario” Res. CS 1464/16. Es doctoranda en el Doctorado en Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. E-mail: maría.andrea.bustamante@gmail.com

(2) El epígrafe pertenece a Claudio Guillén, extraído del artículo *Al borde de la literariedad: literatura y epistolaridad* publicado en la revista *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada* en el número 2 del año 1991.

Referencias bibliográficas

Genette, G. (1991). *Fiction et diction*. Paris: Editions du Seuil.

